

LOS CRONISTAS Y EL PECADO ORIGINAL DE NUESTRA HISTORIA

Por: **Juan José García Posada**

"La historia es el producto más peligroso que la química del intelecto haya elaborado. Hace soñar, embriaga a la gente, engendra falsos recuerdos, exagera los reflejos, conduce al delirio de grandeza o al de persecución, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas". (Paul Valery, citado por Raymond Aron, en "Dimensiones de la conciencia histórica").

La conmemoración del quinto centenario del Encuentro de dos Mundos ha sido propicia para desempolvar el copioso repertorio formado por los relatos de los llamados cronistas de Indias. Pero cabe preguntarse si esa consulta de los textos está efectuándose en forma ordenada y metódica y si corresponde a orientaciones dirigidas con criterio histórico. Esos escritos, disponibles ahora en gran profusión, pueden contribuir al cumplimiento de objetivos académicos y a la comprensión del presente a partir del conocimiento del pasado. Sin embargo, tal parece que, con todo y los casos excepcionales, no se les somete en el desarrollo de los programas educativos formales a una mínima decantación basada en la crítica más o menos rigurosa de los testimonios.

Lo que presenciamos es más bien el desencadenamiento de una euforia general por la lectura de una amplia variedad de documentos que en su mayor parte permanecían almacenados en bibliotecas y archivos, reservados a curiosos y aficionados y a investigadores de la historia que eluden la opción fácil representada en la reproducción de versiones consagradas por el poder de la edición como verdades legítimas. "Los árboles no dejan ver el bosque". Y el problema crucial, planteado tantas veces en el curso de las discusiones en los términos de una indagación por los orígenes y los elementos constitutivos de la identidad nuestra, seguirá siendo insoluble en la medida en que de la pléthora de los

hechos no alcancen a diferenciarse la realidad y la ficción, la veracidad y la falsedad, la vida auténtica y la fábula, la versión cabal y la invención condicionada por conveniencias políticas y económicas.

"De todos los venenos capaces de viciar un testimonio, la impostura es el más violento", dice Marc Bloch, en la "Introducción a la Historia". Muchos de los cronistas confundieron la historia con la historieta de aventuras. Procedieron con presumible cálculo, como relatores de acontecimientos fantásticos, para deslumbrar a los reyes y obtener en la Corte el patrocinio de nuevas expediciones, pero no obraron guiados por la conciencia histórica. La observación de los documentos elaborados en la época del Descubrimiento y la Conquista, con motivo de los viajes al Nuevo Mundo, permite deducir tal conjunción de prejuicios y desfiguraciones de la realidad que no pocos de los escritos se desploman ante el análisis menos exigente. Otros se han perpetuado con un sello falso de veracidad y en nuestros días resulta casi imposible exponerlos a pruebas eficaces de confirmación. He ahí el pecado original de las crónicas en las cuales se han querido encontrar los antecedentes del periodismo americano.

Ya lo advertía Yerzy Topolski, en la "Metodología de la Historia":

"Pero entonces surge la pregunta básica" ¿Qué es una narración verdadera? Si mantenemos la definición clásica de verdad, la respuesta sería -como en el caso de las afirmaciones- que una narración debe estar de acuerdo con los hechos. ¿Pero qué significa esto en el caso de una narración histórica? El problema no plantea dudas en relación con las afirmaciones aisladas, pero en lo referente a las narraciones da lugar a problemas enormemente complicados".

Pese a que los aborígenes tenían defensores como Las Casas y Domingo de Santo Tomás y teólogos de la estatura de Francisco de Vitoria cuestionaban la justicia de la conquista, sobresalen los adversarios. Cieza de León habla -en la "Conquista del Perú"- de la presunta antropofagia de los primitivos pobladores del antiguo territorio antioqueño y del salvajismo de sus creencias religiosas, como para reforzar la argumentación de quienes negaban la posibilidad de que los indígenas tuvieran alma. Fernández de Oviedo descarga el aborrecimiento contra los indios, "vagos y viciosos, melancólicos, cobardes, y en general gentes embusteras y holgazanas, sus matrimonios no son un sacramento sino un sacrilegio". Y llega a decir que "por mi parte, yo me inclino a creer que nuestro Señor permitió, por los grandes, enormes y abominables pecados de esta gente salvaje, rústica y bestial, que fueran arrojados y desterrados de la superficie de la tierra".

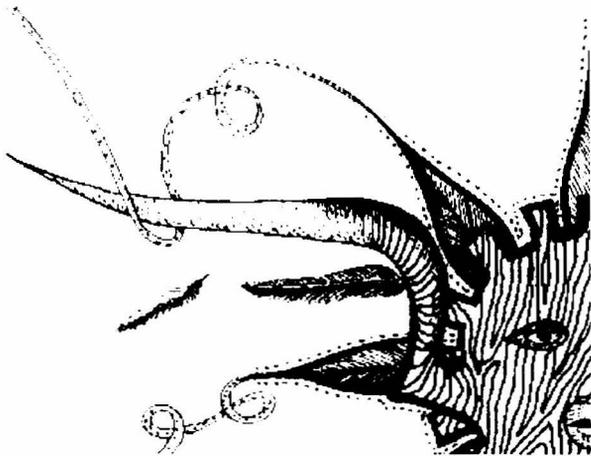
Si, por ejemplo, el italiano Pigafetta fue el cronista pintoresco de la expedición de Magallanes y Elcano -"Primer viaje alrededor del mundo"- y pese a sus errores y exageraciones lo adoptaron como fuente Fernández de Oviedo, Antonio de Herrera, Fernández de Navarrete y otros reconstructores, para los lectores y estudiosos de hoy la duda es ineludible -obligatoria- y tampoco podemos ser tan crédulos

como para atribuirles seriedad a los textos que copiaron luego su narración imaginativa.

En forma análoga, acusaríamos demasiada candidez si creyéramos a pie juntillas en los relatos del clérigo Areizaga, el cronista de la expedición del comendador Frey García Jofre de Loaisa, cuando narra las aventuras "vividias" en tierras de los gigantes patagones, a quienes los españoles, según cuenta, "no llegaban con las cabezas a sus miembros vergonzosos" y que eran "tan ligeros que no hay caballo bárbaro ni español tan veloz en su curso que los alcance". Con razón, el investigador Ernesto Morales, compilador de la "Historia de la aventura", cuenta que "ya se sabe a cuánto ha quedado reducida la talla gigante de los indios del clérigo, y con esta comprobación, la fe que pudiera merecer a la historia el relato de este testigo tan sobrado de imaginación".

"Es lamentable -dice Morales-, pero en estas expediciones increíbles hacia regiones casi fuera de la realidad, han abundado tales cronistas, como si la aventura, el ambiente y el peligro despertaran en ellos las ansias de ser héroes de lo inverosímil. No se daban exacta cuenta de la realidad que estaban forjando y de que no era menester aumentar ni fantasear nada para que ella fuese sencillamente fabulosa".

Sin embargo, el repaso de las crónicas de Indias debe hacerse con un sentido pragmático. La historia no fue narrada como quisiéramos -valga decir, con la objetividad y el afán de buscar la verdad y eludir el error que deben ser atributos de la historiografía- sino como la concibieron y la escribieron los primeros cronistas. Ellos son los dueños y señores de sus propias versiones. "No son los espacios geográficos los que hacen la historia, sino los hombres,



dueños o descubridores de ellos", dice Paul Ricoeur, en "Tiempo y narración".

"La historia comienza allí donde los monumentos empiezan a ser inteligibles, allí donde se nos ofrecen datos escritos dignos de confianza" (Leopoldo Von Ranke, citado por H.I. Marrou, en "El conocimiento histórico"). Por consiguiente y en virtud de la carencia de testimonios idóneos para confrontar la veracidad de tales documentos, es preciso acoger el método de la lectura crítica y, hasta donde sea posible, selectiva, pero comprensiva siempre de las circunstancias en que las obras fueron escritas y de los factores subjetivos y objetivos que las condicionaron.

"El pasado es, por definición, un dato que ya nada habrá de modificar. Pero el conocimiento del pasado es algo que está en constante progreso, que se transforma y se perfecciona sin cesar". Lo dice también Marc Bloch. "La historia es el pasado, en la medida en que podamos conocerlo", conceptúa V.H. Galbraith, citado por H.I. Marrou, en "El

conocimiento histórico". ¿Cuál es entonces el verdadero pasado de nuestra historia?

Y a propósito, ha de recordarse que no son los documentos escritos las fuentes exclusivas de conocimiento histórico. Lucien Febvre lo subraya, en "Combates por la Historia": "La historia se hace con documentos escritos, sin duda. Cuando los hay. Pero puede y debe hacerse con todo lo que el ingenio del historiador le permita utilizar. Por lo tanto, con palabras. Con signos. Con paisajes y con tejas. Con las formas del campo y con las de las hierbas nocivas. Con los eclipses de luna y con las colleras de los animales de tiro. Con las clasificaciones de piedras que hacen los geólogos y los análisis del metal de las espadas hechas por los químicos".

Pero la verdad comenzó a ser derrotada a partir de los relatos del Descubrimiento y la Conquista. Si hoy en día nos alarma la propagación de la mentira y nos deja perplejos la crisis de credibilidad que se extiende por todos los ámbitos del organismo social, la raíz de semejante deterioro de la confianza pública surgió del embrión de las crónicas iniciales, que fueron el prelude del barroco literario en América. Ellas dan cuenta de una historia maquillada por el ansia de aventura.

En "Dimensiones de la conciencia histórica", Raymond Aron sugiere las reglas del juego: "El conocimiento histórico sólo tiene valor científico con la condición de fundar sus afirmaciones en datos. El pasado vivido ya no es ni volverá a ser; lo que está presente son las huellas, las expresiones o los monumentos de existencias desaparecidas para siempre. El historiador de hoy día, lo mismo que el de ayer, no puede sustraerse enteramente a esta sujeción". ¿Pueden calificarse las crónicas de Indias

como fuentes genuinas de conocimiento histórico? He ahí el problema.

Para el historiador consecuente, ese interrogante conduce a definir los perfiles de la frustración y la angustia, más todavía si, como lo advierte Oscar Handlin, en "La verdad en la Historia", la historia no vuelve a crear el pasado. "El historiador -dice- no vuelve a captar el acontecimiento que se ha ido... La historia sólo tiene que ver con las pruebas del pasado, con los residuos de los sucesos que se han ido. Pero sí puede tomar decisiones acerca de la documentación presentada y de los informes de los observadores de qué es lo que creyeron ver".

En el mismo orden de ideas es bien explícito el razonamiento de Handlin: "¿Qué es la verdad? Más poderosa que todo lo demás, reside en las pequeñas piezas que reunidas forman el conocimiento. la historia no es el pasado, como tampoco la biología es la vida, ni la física la materia. La historia es el producto de la destilación de las pruebas que quedan del pasado. Donde no hay pruebas, no hay historia. Una buena parte del pasado no se puede conocer de esta manera, y respecto de esas áreas el historiador debe aprender a confesar su ignorancia".

Con todo, hay una voz tal vez indulgente, la de Marc Bloch, que atenúa el sentimiento de incapacidad que dejaría abatido al historiador: "El historiador se halla en la imposibilidad absoluta de comprobar por sí mismo los hechos que estudia. Ningún egiptólogo ha visto a Ramsés. Ningún especialista en las guerras napoleónicas ha oído el cañón de Austerlitz. Por lo tanto, no podemos hablar de las épocas que nos han precedido sino recurriendo a los testimonios". Marrou sostiene, por su parte, que la historia es inseparable del



historiador: "No existe una realidad histórica que esté ya toda hecha antes de la ciencia y que tan sólo bastaría reproducir con fidelidad. La historia es el resultado del esfuerzo, en un sentido creador, por el que el historiador, el sujeto cognoscente, establece esa relación entre el pasado que él evoca y el presente que es su presente".

Estamos hablando del mismo drama de la búsqueda insegura que ha padecido todos los estudiosos de la historia a lo largo del discurrir de la cultura humana. Aron lo explica en términos que mueven al despertar del realismo optimista sobre la función esclarecedora del investigador de los episodios y los procesos únicos e irrepetibles que marcan la identidad de los pueblos: "La incertidumbre me parece aún mayor en el caso de la historia. El objeto de la historia es una realidad que, como tal, ya no existe y ya no existirá. La decadencia del imperio romano tuvo lugar una vez y solo una, fue única, nada podría hacer que ocurriera una segunda vez. Pero el conocimiento histórico, tal como se ha interpre-

tado corrientemente a través de los siglos, se esfuerza en captar aquello que "jamás veremos dos veces", como dice el poeta".

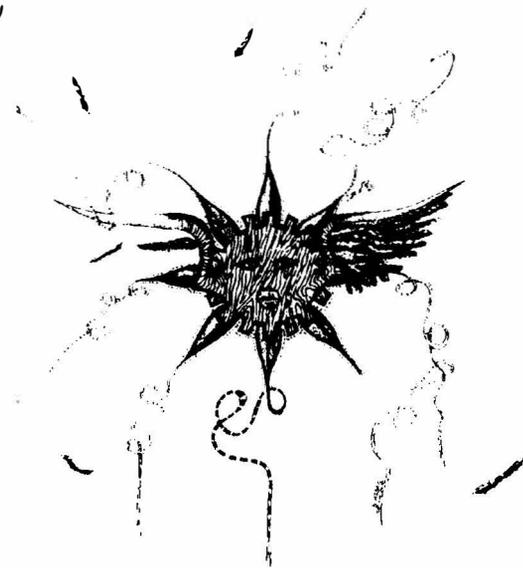
"Estudiad problemas y no períodos", recomendaba Lord Acton, citado por Marrou. Jacques Maritain brinda estas claves para la aproximación ponderada y ecuánime al juicio de la historia: "Ningún período de la historia humana puede ser absolutamente condenado o absolutamente aprobado. Es tan irracional condenar la Edad Media, desde el punto de vista racional, como condenar los tiempos modernos, desde un llamado punto de vista cristiano. Hubo, sin duda, grandes errores espirituales en los tiempos modernos; pero grandes verdades fueron descubiertas, en el orden de la naturaleza y de la razón natural, y que son de importancia para el espíritu".

Si como queda visto los testimonios de no pocos de los cronistas están viciados por el error, la fábula y la desmesura, el conocimiento y la interpretación exactos de la historia parecen ideales esquivos, inasibles. No obstante, cuando es un imposible explicar los acontecimientos para pronunciar acerca de ellos "la última palabra", queda el recurso legítimo de, por lo menos tratar de comprenderlos. No en vano "la historia representa al hombre", según Herman Lübbe.

La discusión continúa abierta en este año del quinto centenario. Al margen de la interpretación histórica están las calificaciones y las descalificaciones determinadas por las ideologías y los criterios políticos cerrados e intransigentes o por la visión perspectivista del pasado. Todas las posiciones, desde las más radicales hasta las conciliatorias, se ha expuesto en los diálogos académicos y en abundantes artículos y ensayos difundidos por los medios de comunicación.

Concluyamos con el razonamiento de Marc Bloch: "Una palabra domina e ilumina nuestros estudios: **comprender**. No digamos que el buen historiador está por encima de las pasiones. Cuando menos tiene esa. No ocultamos que es una palabra cargada de dificultades, pero también de esperanzas. Palabra, sobre todo, llena de amistad. Hasta en la acción juzgamos

demasiado. ¡Es tan fácil gritar: Al paredón! No comprendemos nunca bastante. Quien difiere de nosotros, sea extranjero o adversario político, pasa, casi necesariamente, por un ser de malos antecedentes... A condición de renunciar a sus falsos aires de arcángel, la historia debe ayudarnos a salir de este mal paso. Es una vasta experiencia de las variedades humanas, un largo encuentro con los hombres".



FUENTES

- **Marc Bloch. Introducción a la Historia**
- **Raymond Aron. Dimensiones de la conciencia histórica**
- **Lucien Febvre. Combates por la Historia**
- **H.I. Marrou. El conocimiento histórico**
- **Paul Ricoeur. Tiempo y narración**
- **Jerzy Topolski. Metodología de la Historia**
- **Oscar Handlin. La verdad en la historia**
- **Jacques Maritain. Filosofía de la Historia**
- **Ernesto Morales. Historia de la Aventura**
- **Herman Lübbe. Teoría de la Historia**